

— Pésame, reina y señora, pésame que tan mal me hayais juzgado creyéndome mensajero de alguna iniquidad contra vos ó de algun ataque al libre derecho que os compete. No os he salido yo al encuentro como enviado de Don Jaime, sino de mi propia voluntad y con razon para ello.

— Y qué es lo que de mí deseais, que venís á pedírmelo con tanta gente de guerra como si de enemigos se tratara?

— Si he venido con hombres de armas, señora, — díjole Don Blasco, — es porque son todos caballeros de mi mesnada, y helos conmigo traído para que en caso de resistencia de vuestra escolta, supieran apoyar con sus armas y presencia mi razon y mi derecho.

— Qué hablais de derecho y de razon y de qué se trata, Don Blasco?

— Se trata, señora, y pídoos la venia y perdon por sí en algo faltára al acatamiento que se os debe; se trata de que el rey mi señor me adeuda mas de treinta mil morabatines de pagas y sueldos del tiempo que con mis hombres y barones le he servido en Cataluña. Le he varias veces demandado que esta deuda me fuera satisfecha y hame siempre hecho pasar con demoras y dilaciones. Y esto á mí, señora, á su leal y mas fiel servidor, al que le ha ganado seis castillos y dos ciudades, mientras que á vos, señora, y dígooslo con todo respeto, mientras que á vos á quien solo debe disgustos y penas, os colma de regalos y presentes, de joyas y de preseas, no obstante salir desterrada de su lado. Vos, Doña Leonor, no trujisteis dote al rey cuando con él os casasteis, y así todos los cofres llenos de tesoros que os ha dado, merced es solo que el rey os ha hecho, y pues es merced, primero es pagar lo que debe el rey á sus servidores que no hacer mercedes á quien no debe nada. Permitidme por lo mismo, señora, que bajen mis sirvientes vuestros cofres y que de ellos tome lo que Don Jaime me adeuda: ya que mi señor y rey no me paga, me pagaré yo mismo. He ahí la causa de haberos salido al encuentro con mis caballeros y mi gente. Libre sereis, señora, de continuar vuestro camino en cuanto yo me haya pagado.

Asombrada quedó la reina con el lenguaje resuelto y la franca naturalidad con que le habló el caballero aragonés. Puso Don Blasco todo el comedimiento posible en sus palabras, pero dióle á conocer claramente su invariable resolucion, tanto mas invariable cuanto que en concluyendo de hablar y antes que Doña Leonor pudiera contestarle, hizo una seña á su gente que se acercó á los mulos y empezaron á descargarles de los cofres y maletas que sobre su lomo llevaban.

La reina sin decir nada lo miraba hacer todo; la escolta permanecia quieta,

vigilada por los hombres de armas de Don Blasco. Este se acercó á los cofres que su gente habia depositado abiertos en el suelo, separó en joyas y preseas lo que podia alcanzar la cantidad que se le adeudaba, mandó que se cerraran los cofres y se volvieran á su sitio, y en seguida tornó sus sosegados pasos hácia la reina á quien dijo:

— Guárdeos Dios, señora, y el bienaventurado San Jorge, patron de la gente de guerra. Idos en paz y en buen hora á llorar vuestros duelos en tierra de Castilla, pero si jamás habeis menester un brazo leal, una buena lanza y un corazon á toda prueba, pensad en el aragonés Don Blasco de Alagon. Por lo demás, intacto queda vuestro tesoro, menos en lo preciso que se me adeudaba por el rey y que era justo que yo me cobrara, ya que son primero las deudas á los servidores que las mercedes á los estraños.

Dicho esto sin recibir mas contestacion ni tampoco esperar mas que un Dios os guardel pronunciado por la reina, Don Blasco montó á caballo y apretó espuelas, perdiéndose, seguido de toda su gente que llevaba las preseas, en direccion contraria á la que Doña Leonor seguia.

II.

LOS DOS MÁRTIRES.

ALGUNOS datos históricos serán ahora necesarios, para que el lector se haga bien cargo de los hechos antes de seguir adelante.

Cuando el rey Don Jaime, llamado despues por la historia *el conquistador*, trató de casarse, mozo aun, para asegurar descendencia á su real linage, recelándose los ricos homes que tomara por muger á Doña Teresa Gil de Vidaura, dama principal de quien estaba enamorado y con quien sostenia desho-

nesto trato, aconsejaronle é instaronle á que se enlazara con Doña Leonor de Castilla hija de Don Alonso IX llamado comunmente el de las Navas. Cedió Don Jaime á sus consejos, pero no se pasaron muchos meses sin que fuera notorio en palacio y en todo el reino el desafecto, por no decir aborrecimiento, con que miraba el rey á su esposa, ya procediese de que ansiaba mayor libertad, ya de darse á otros amores, ya de no encontrarla suficientemente hermosa.

En el interin, Doña Teresa Gil de Vidaura, que tenia hijos del rey, se habia huido de Aragon al saber el enlace de Don Jaime con Doña Leonor de Castilla y habia corrido á Roma arrojándose á los piés del papa pidiéndole que le hiciese justicia del rey Don Jaime, dice la crónica, que se habia prometido con ella y hubiera en ella dos hijos, y por consiguiente era su marido; y esto no obstante habia contratado matrimonio con Doña Elionor de Castilla que era parienta suya en grado prohibido y no podia haber matrimonio entre los dos.

El papa atendió las razones de la de Vidaura y encomendó su causa á los auditores de la Rota.

El mismo Don Jaime determinó en esto separarse de su consorte, alegando tambien parentesco, como era cierto, en tercer grado de consaguinidad, y ello fué tal, que la sentencia de separacion fué pronunciada en Tarazona por un legado del papa, y que la reina Doña Leonor se partió á Castilla, en cuyo camino hemos visto á Don Blasco de Alagon salirle al paso para apoderarse con marcial y caballeresco desenfado de lo que juzgaba suyo, ya que Don Jaime diferia pagar sus deudas alegando falta de dinero y no obstante regalaba á la reina, queriendo acaso cohonestar en algun modo su feo procedimiento, un crecido caudal en oro, plata y pedrerías.

Irritóse sobre manera el jóven monarca de Aragon cuando supo el desafuero cometido por Don Blasco mayordomo mayor de su reino, y determinó vengar el agravio hecho á Doña Leonor de Castilla. Súpolo á tiempo el de Alagon y huyendo el enojo de su rey, á quien ni queria ni podia resistir, pasóse á tierras de Valencia con todos los que en el hecho le habian acompañado, poniéndose al servicio del moro Zey Abuzeit que á la sazón en Valencia reinaba. No pudiendo vengar Don Jaime el insulto en su persona, desterróle de todas sus tierras y prendióle las villas y fortalezas que tenia.

Avínole al moro Zeit perfectamente la llegada de Don Blasco y de los suyos para desembarazarse de los parciales de Zaen, señor de Denia, quien como hijo de Modofe y nieto de Lobo, reyes que habian sido de Valencia,

pretendia reivindicar su derecho puesto que Zeit no era mas que un intruso que abusando del cargo de virey que le confiara el califa Mahomad Miramamolín, se habia alzado con el reino. Don Blasco fué alojado dentro de la ciudad junto á la iglesia que habian conservado siempre los cristianos para su culto bajo la invocacion del Santo Sepulcro, hoy dia parroquial de San Bartolomé situada entonces junto al parage por donde corria el muro y separada casi enteramente de toda comunicacion con los moros (1).

Cerca de tres años pasó Don Blasco en Valencia sirviendo á Zeit, y tan amigo llegó á ser de este monarca y de tal manera se captó su voluntad y aprecio lo mismo que la de todos los moros en general, que puede decirse que Valencia solo se gobernaba por lo que aquel ilustre desterrado disponia. Nada hacia Zeit que no se lo consultara, pediale consejo en todas ocasiones, dábale pruebas señaladas de amistad y cariño, y por él salvó no pocas veces de la muerte á muchos moros y cristianos. Mientras permaneció Don Blasco junto al rey de Valencia, sus moradores debieronle inmensos beneficios y el mismo Zeit iba acaso á deberle el de su salvacion, pues que muy inclinado le tenia ya con sus razonamientos á ampararse bajo la égida salvadora de la religion de Cristo.

Sin embargo, ni el favor, ni las riquezas, ni las comodidades de que gozaba en la corte de Zeit, podian hacer olvidar á Don Blasco su rey, sus amigos y el pais que nacer le viera. Andaba siempre triste y caviloso, tornábase amargo en su boca el pan de proscripcion que acercaba á sus labios, huia de los goces y placeres, del fausto y de las distinciones y solo hallaba gusto en entretenerse con sus compañeros desterrados como él mismo y en hablar con ellos de su patria, de aquella patria tanto mas idolatrada, cuanto mas lejos veia el momento de pisar su suelo y de besar su tierra. No obstante este violento deseo de su alma, no se atrevia á impetrar el perdon de su rey, y gemia desconsolado en un pais que, por bello que fuera, no era el suyo, y entre hombres que, por atentos que fueran, no dejaban de ser sectarios de una religion impía y sus enemigos naturales.

Tal era el estado en que se hallaban las cosas, cuando Don Blasco tuvo que ausentarse de Valencia por una breve temporada. Durante su ausencia, tuvo lugar en la corte de Zeit un hecho que, por lo mismo que se da la mano con la fundacion del convento cuyo nombre va al principio de estos capítulos, merece ser tratado con toda detencion y nos precisa á separarnos momentáneamente del lugar de la escena y de los acontecimientos que ibamos refiriendo.

(1) J. M. Zacarés.

Por aquellos tiempos dos hombres, dos apóstoles que debían dejar larga herencia en lo futuro, recorrían el mundo con la antorcha de la fé en la mano haciéndose numerosos prosélitos é invitando á los hombres á formar parte de la milicia de Cristo. Uno de estos dos hombres, español y descendiente de la ilustre familia de los Guzmanes, es venerado en la Iglesia con el nombre de Santo Domingo; el otro era un ilustre mendigo, nacido en Asis en Umbría y al que todos conocen por San Francisco. Este último acababa de mandar al reino de Aragon cuatro de sus compañeros para, dice la crónica, *sembrar simiente de vida cristiana con resplandor de buenas costumbres.*

De estos cuatro religiosos dos vinieron á Cataluña y se quedaron en Lérida; los otros dos fueron á Teruel. Los de Lérida fueron recojidos por un ciudadano llamado Ramon de Barriach, que les edificó el monasterio de San Francisco fuera de muros. Los que fueron á Teruel consiguieron que sus devotos les edificaran también el monasterio de dicha ciudad perteneciente á su orden, y como allí recibiesen muchos el hábito de la religion, los dos dignos discípulos de San Francisco, encendidos con celo de caridad, impelidos por la santa mision que ejercian, inflamados por el ardor del apostolado, decidieron á partir á Valencia con objeto de convertir á cuantos moros pudiesen.

Llamábanse estos dos piadosos varones Juan de Perusia y Pedro de Saxoferrato. Llegaron á Valencia y recogieron en la iglesia del Santo Sepulero donde trabaron conocimiento con los cristianos que allí se hallaban y eran los caballeros de Don Blasco. Este era el primero en hacer gran caso de aquellos monges, varones eminentísimos por sus virtudes y talentos.

Con una abnegacion sublime, con un fervor y entusiasmo que solo podían ser motivados por la fé inmensa que llenaba su corazón, con un deseo ardiente de alcanzar la palma del martirio y presentar este merecimiento á los ojos de Dios, entrambos empezaron sus predicaciones, escojiendo la hora en que los moros se agolpaban á las puertas de las mezquitas para cumplir con sus rezos.

Por aquel entonces fué cuando se vió obligado á partir Don Blasco, segun se ha dicho.

Los dos frailes prosiguieron con el mismo celo su santa mision, y si bien los alfaquies despreciaron en un principio sus predicaciones, empezaron á alarmarse al ver las simpatías que aquellos dos extranjeros se conquistaban y las voluntades que se atraían. Decidieron pues poner coto á su empresa y hacer con ellos un público escarmiento, ya que tanto tiempo se habia pasado sin presentar al pueblo un solo castigo de cristiano. Ninguna

ocasion se les podia presentar mejor ni hallar podían coyuntura mas favorable que la de hallarse ausente de la ciudad Don Blasco, quien no hubiera dejado de influir en el ánimo de Zeit para salvar á sus correligionarios. Presentáronse pues los alfaquies al rey y delataron á los dos frailes, sabiendo pintarle sus hechos con tan subidos colores, que el indignado monarca prometiéndoles una pronta justicia.

Aquel mismo dia los dos misioneros eran arrancados del templo en que orando estaban, cargados de cadenas y conducidos ante Zeit que se hallaba en un palacio de recreo extra-muros de Valencia.

El monarca mismo les interrogó y les dió á elejir entre abrazar la ley de Mahoma ó morir en el acto. Los dos dignos hijos de aquella orden religiosa que debia dar al mundo el sublime espectáculo de tantos valerosos mártires, contestaron con una firmeza invencible que nada podia serles mas agradable ni mas dulce que sufrir la muerte por Jesucristo. Insistió Zeit á pesar de esta respuesta y les brindó con honores y riquezas si abjuraban su religion, pero entonces avanzándose Fray Juan, exclamó con energia:

—Nosotros no abjuremos jamás y preferimos mil veces los mas atroces martirios, á renunciar á la ley de Cristo, la única que labra la salvacion del hombre, mientras que la vuestra no es mas que una supersticion y un manantial de ruina. Musulmanes, —añadió volviéndose á los alfaquies y cortesanos que rodeaban al rey— Jesucristo es el verdadero hijo de Dios y el Salvador del mundo, mientras que vuestro Mahoma no es otra cosa que un impostor y un falso profeta.

Estas palabras pronunciadas con tono firme promovieron un sordo murmullo entre los moros, que allí mismo hubieran acabado con ellos si Zeit no se hubiese adelantado á los deseos de todos dando orden para que fueran decapitados en seguida los dos atrevidos frailes.

—Morimos por la fé de Cristo, nuestro Señor, —exclamó Juan— que lo será también tuyo, Zeit, monarca orgulloso, pues en una revelacion que hemos tenido esta misma mañana orando en el templo, Dios se ha dignado comunicarnos que tú, convertido un dia á nuestra religion, adorarás como nosotros mismos en este instante, el leño salvador en que Cristo murió para redimirnos á todos.

Y pronunciada esta profecía que mas tarde debia cumplirse, los dos dignos religiosos siguieron con paso firme á los soldados que insultándoles groseramente y golpeándoles con sus alfanjes les condujeron á un ángulo del huerto del mismo palacio.

Fray Juan y Fray Pedro cayeron de rodillas al llegar allí, se abrazaron cordialmente, repitieron en voz alta que morían por la fé de su Señor Jesucristo y pusiéronse á balbucear una oracion, pero antes de que hubiesen podido concluir la sus cabezas, separadas de sus troncos, rodaban una tras otra por la arena.

Así murieron aquellos dos dignos franciscanos que hoy Valencia venera en sus altares.

Tres dias despues de este hecho llegó Don Blasco á la ciudad é irritóse sobre manera cuando se lo contaron, dirijiéndose en seguida al encuentro de Zeit sobre quien hizo caer toda la furia de su enojo.

En vano fué que el arrepentido monarca se escusara con el caballero aragonés; éste, franco y resuelto como siempre, le dijo que desde aquel dia dejaba su servicio, que no podia pisar por mas tiempo aquella tierra rociada con la sangre preciosa de los mártires cristianos, y añadió al terminar su discurso:

—Zeit, un noble aragonés te lo dice. La sangre de esos dos ilustres mártires clama venganza, y si algun dia llegamos los cristianos á pisar con las armas en la mano tu territorio, si algun dia las murallas de tu ciudad caen destrozadas por nuestros fundívolos y almajanechs (1), y tu ejército desaparece bajo la lluvia de ballestas con que apagaremos la luz del sol, y tus mejores caudillos mueren hendido el cráneo por nuestras hachas de armas, entonces, Zeit, yo seré el primero que pediré al rey para que funde un monasterio de la órden misma de estos dos mártires en el sitio regado y glorificado con su sangre.

El moro no pudo aplacar la cólera del caballero, y este, cuyos deseos ya sabemos que eran volver á su pais querido, cuyo corazon ya sabemos que suspiraba sin cesar por tornar á su patria, sintió con este hecho aumentarse los propósitos que hechos tenia de demandarle perdon á don Jaime, y aquel mismo dia escribió con este objeto á los amigos que dejara en la corte del monarca aragonés.

La carta no pudo llegar en mejor ocasion ni mas á tiempo. Don Jaime á la sazón en Alcañíz de regreso de Mallorca cuya brillante conquista habia llevado á cabo, se quejaba de la gran falta que le hacian los muchos buenos caballeros que habian quedado en la isla. Los ricos homes adictos al desterrado Don Blasco, aprovecharon esta circunstancia para hablar al

(1) Máquinas de guerra del tiempo de Don Jaime con las cuales se arrojaban piedras muy gruesas.



Sus caballos volveron una vez otra por la arena.

III.

LA CONQUISTA DE VALENCIA.

Fizo tiempo hacia que estaba Don Blasco con el rey de Aragón, cuando este recibió la nueva de la conquista de Ibiza, nueva que quería celebrar con un *Te Deum laudamus*, según acostumbraba, en la iglesia de Nuestra Señora de Nazaret.

También por aquel entonces sucedió en Valencia que envalentados los partidarios de Zaen con la ida de Don Blasco y de sus caballeros á los que tanto temían, armaban á toda prisa un ejército y caian sobre Zeit Abacelit al que arrojaban del trono obligándole á refugiarse en Segorbe.

Una tarde en que se hallaba Don Jaime departiendo mano á mano en una arca de su palacio con Don Blasco de Alagon y Don Hugo de Forcalquier maestro del Hospital, dijo este último al rey:

— Señor, ya que tanto os ha favorecido Dios en la empresa de Mallorca y de las demás islas, nada intentareis ahora contra ese reino de Valencia, que